



Dr. César Augusto Marroquín Solórzano
“Charrito”
1967- 15 de junio 2020



Manuel Alejandro Menes Hernández, MACG
Erick Roberto Soto Solís, MACG

Amigos y nadie más. El resto es selva.

A mis amigos les adeudo la ternura
Y las palabras de aliento
Y el abrazo
El compartir con todos ellos la factura
Que nos presenta la vida paso a paso
A mis amigos les adeudo la paciencia
De tolerarme las espinas más agudas
Los arrebatos del humor.

La negligencia
Las vanidades
Los temores
Y las dudas

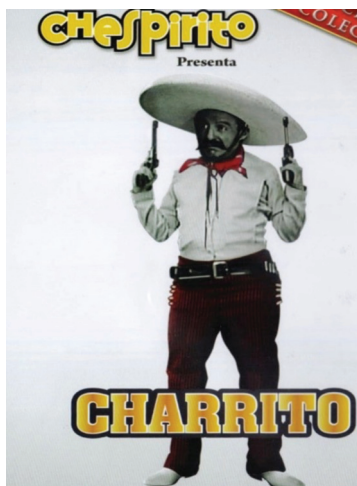
Un barco frágil de papel
Parece a veces la amistad
Pero jamás puede con él

La más violenta tempestad,
Porque ese barco de papel
Tiene aferrado a su timón
Por capitán y timonel
Un corazón...

A mis amigos les adeudo algún enfado
Que perturbara alguna vez
Nuestra armonía
Sabemos todos que no puede ser pecado
El discutir alguna vez por....

A mis amigos legaré cuando me muera
Mi devoción en un acorde de guitarra
Entre los versos olvidados de un poema
Mi pobre alma incorregible de cigarra.

Jorge Guillén



En cada número de la Revista de Cirugía acostumbramos incluir un homenaje a algún cirujano de vida larga e ilustre ensalzando sus logros asistenciales y científicos. Pero este año en medio de la terrible pandemia que asola el mundo hemos decidido, o más bien nos hemos visto obligados a cambiar esta tradición y no porque al homenajeado le falte lustre y logros sino porque el SARS cov-2 nos lo arrebató prematuramente convirtiéndolo en el primer, y le pido a Dios sea el único y último, cirujano que ofrendó su vida en la lucha contra la pandemia de Covid-19 en nuestro país.

El Dr. Marroquín nació el 13 de marzo de 1967, hijo de don Teófilo Marroquín y doña Irma Consuelo Solórzano. Creció Calle Kern's de la zona 17 en donde después de la escuela y las tareas se la pasaba en la calle jugando tenta, escondite, ladrones y policías y por supuesto fútbol en un ambiente cómo en el que crecimos la mayoría de cirujanos de mi generación, un buen crisol pues me consta que de mi grupo de amigos salió un buen número de especialistas entre ellos dos cirujanos: el Dr. Rafael Soley y su servidor y de ese barrio el Dr. Marroquín y el Dr. Erick Soto, actual jefe del Departamento de Cirugía del Hospital General de Enfermedades del IGSS forjando una amistad que duró toda su vida, que lo describe como Checha, ese hombre pequeño de estatura pero de gran corazón, noble y fiel amigo y a quien espera algún día volver a encontrar y jugar juntos como cuando fueron niños.

Realizó sus estudios de diversificado en el Instituto Vespertino Enrique Gómez Carrillo e ingresó a la Facultad de Medicina de la USAC en 1985, cerró en 1990 y se graduó de Médico y Cirujano en 1991. En 1994 ingresó al postgrado de Cirugía General del IGSS, obteniendo el título de Cirujano General en 1998. El año de su ingreso alguno de los compañeros, no recuerdo cual, tuvo la brillante ocurrencia de, basado en la película de 1984 de Roberto Gómez Bolaños, - "Charrito"-

Y por el poblado bigote que siempre caracterizó al homenajeado, "clavarle" el sobrenombre de el Charrito, que pese a ligeros cambios como Charro, mi Charris o la forma afrancesada de Le Charré que uso mi promoción, lo acompañó el resto de sus días al punto que la mayoría de las tantísimas personas que conoció, entre éstas generaciones y generaciones de estudiantes y residentes de diferentes especialidades que lo trataron y, sin duda lo apreciaron mucho, difícilmente conocían su apellido y mucho menos su nombre, pues para todos, y con mucho respeto él era el Dr. Charrito. Un sobrenombre tan poderoso que incluso alcanzó a heredar a nuestro colega José Cortave, el Charrón, quien, en una de esas extrañas coincidencias de esta vida se enfermó casi al mismo tiempo que César, estuvo en cuidados en el mismo servicio y egresó el mismo día, afortunadamente completamente recuperado.

Posteriormente ingresó al postgrado de Neurocirugía, que fue clausurado cuando le tocaba iniciar el 3er año. Durante algunos años fue parte de la unidad de Neurocirugía del Hospital General de Accidentes hasta que por cuestiones administrativas fue trasladado al Hospital General de Enfermedades en donde le permitieron escoger en que servicio ejercer y en vez de hacerlo en donde tenía más experiencia, decidió hacerlo en un servicio en dónde tuviera muy buenos amigos, por lo que se incorporó a la unidad de Cirugía Cardiovascular y Trasplantes con los colegas Erick Soto, Carlos Herrera, William Molina y mi persona y en donde tuve el gusto y el honor de ser su compañero por casi 10 años, era el amigo que me recibía todos los días con una sonrisa, con algún chiste nuevo, con una broma ingeniosa, un nuevo apodo, probablemente me habrá puesto unos 50, o algún objeto relacionado con Star Wars de la que ambos éramos fans vitalicios. Con él compartimos incontables horas en sala de operaciones, refacciones y almuerzos, partidos de futbol, fue un gran goleador y últimamente portero y, siempre tomaba con

mucha moderación en alguna parranda. Y aunque en los últimos años fue trasladado al servicio de Neurocirugía, aun realizaba algunas cirugías con nosotros, nos juntábamos casi todos los días a almorzar y platicar hasta que se contagió y luchó por más de dos semanas contra la infección que, finalmente lo venció aquel aciago 15 de junio en el que nuestro enemigo común, nos lo arrebató junto con otros dos colegas una de las cuales era la esposa de otro apreciado colega cirujano.

Tenía su locker en nuestro servicio, locker que aún no nos atrevemos a abrir pues fue lo único que la muerte nos dejó de él. Por supuesto aparte del trabajo fue hombre de familia y en su comunidad, vivía en El Tejar, Chimaltenango, alguien muy activo en el deporte, la docencia y actividades asistenciales y religiosas.

En resumen y como inicié esta reseña, el Dr. César Marroquín quizá no fue alguien de grandes trayectorias como quienes suelen ser recordados en esta página, sino como somos la vasta mayoría de los cirujanos de esta Asociación: hombres excepcionales en el trabajo -el sólo hecho de ser cirujano hace a cualquiera un hombre excepcional- y bastante normales en nuestra vida extrahospitalaria, pero eso sí, fue un amigo como pocos, parte esencial del corazón de nuestro grupo, como el capitán y timonel del barco de papel del poema de Guillén, que dicho sea de paso también murió luchando por lo que amaba en la guerra civil española.

Todos los que lo conocimos y en especial los más allegados, vamos a extrañarlo profundamente y desde ya lo hemos puesto en el panteón de los más grandes, de aquellos héroes que han ofrendado su vida al servicio del prójimo.

¡Hasta pronto querido amigo!